

jor de su vida, el porvenir que estaba reservado á este paisano nuestro, dando días de gloria á las letras españolas y honra y prez á su pueblo nativo, á Bilbao.

La obra comienza con una carta de su editor, señor Sobrino, al general Blanco, en la que se la dedica, como recuerdo del autor, que parece era amigo de éste, y la respuesta del general, aceptándola agradecido.

Tomamos hoy al acaso una composición que puede servir de muestra, de las que iremos dando á conocer á nuestros lectores, que no dudamos las leerán con el gusto con que nosotros las hemos saboreado.

### AMOR MATERINAL

---

Hijo del alma, vén; que en tus cabellos,  
 Más rubios que la espiga en el Estío,  
 Quiero mis sienes reclinar, y en ellos,  
 Ardiente más que nunca el lábio mio,  
 Quiere imprimir un beso maternal....

Ven, que si cede tu serena frente  
 De la pereza lánguida al beleño,  
 Te meceré en mis brazos blandamente  
 Y arrullaré tu sosegado sueno.

¡Oh, niño angelical...!

Ven á juntar tu boca con la mia;  
 De tus rosados lábios virginales  
 Quiero beber la plácida ambrosía  
 En tanto que en mis brazos maternales  
 El reposo vigila tu quietud.

Tú mi ilusión serás, tú mis delicias;  
 Puro raudal de bálsamo divino...  
 Tú pagarás mi amor con tus caricias,  
 Yo madre tierna te abriré el camino  
 De plácida virtud.

Alza tus ojos, y contempla el cielo;  
¿Qué ves, eh niño, en él?—Nada, vacío...  
Pues bien, tras de ese misterioso velo  
Hay algo de magnífico, hijo mío,  
Que al cabo llegarás á comprender....  
Hay una inmensidad trás de esa altura,  
Una mansión feliz y sacrosanta,  
Donde entre nubes de fragancia pura  
Sublime el trono augusto se levanta  
Del increado Ser....

Allí, sobre las nubes del espacio,  
Fué donde el sabio artífice del mundo  
Hizo asentar su espléndido palacio,  
Cuando á su sacra voz del polvo inmundo  
La portentosa creación brotó...  
Y dando á las esferas movimiento  
Sobre eternales ejes de diamante,  
En el cóncavo azul del firmamento  
De su veloz carroza rutilante  
Las ruedas imprimió....

Allí mora el Señor, de ángeles bellos  
Rubios y hermosos como tú, cercado,  
Y desde allí, á los fulgidos destellos  
De su propia grandeza iluminado,  
Su obra girar bajo sus plantas ve....  
De los reyes el Rey, el Dios del mundo  
Se esconde allí; cuando se acerque el día  
En que alcances misterio tan profundo,  
Adora en Él, hijo del alma mía,  
Con acendrada fé....

Toma esta lira; de sus cuerdas de oro  
Un tiempo, al melancólico concerto,  
Tu tierno padre, que perdido lloro,  
Unió su dulce y apacible acento  
Y de su Dios la majestad cantó...

«Guárdalas bien», al espirar me dijo,  
 »Y al eco grato de su voz sonante,  
 »Haz que feliz de nuestro amor el hijo,  
 »Del alto Ser la omnipotencia cante  
 »Cual la he cantado yo.»

«Ese es mi único bien, su herencia sea;  
 »Escasa es, en verdad; pero bien puede,  
 »Al claro brillo de tan rica tea,  
 »Aunque por fortuna otro favor le vede,  
 »Del mundo por la anchura discurrir...»  
 Dijo, y aun una vez su lábio frío,  
 Posó en mi frente y en tus labios rojos;  
 Lanzó un suspiro, el último, ¡Diosmío!...  
 Cerró tranquilo sus amantes ojos,  
 Y... no los volvió á abrir!...

Lloró la madre aquí; del tierno niño  
 Acarició el semblante, y en su cuello,  
 Puro, y más blanco que la piel de armiño,  
 Arrebatada de un delirio bello,  
 Volvió á imprimir un ósculo de paz...  
 Después, de sus finísimas pestañas  
 Las lágrimas ardientes enjugando,  
 Al fruto angelical de sus entrañas,  
 Ofrece tierna en su regazo blando  
 Gratísimo soláz....

ALEJANDRO RIVERO.

(De *El Nervión*)

